

Cuando Dejima derrotó a Asashoryu

por Chris Gould

Como homenaje a Takeharu Dejima, que se retiró a la edad de 35 años el 23 de Julio de 2009, Chris Gould nos retrotrae hasta el 9 de Enero de 2007, a uno de los mejores momentos de la memorable carrera de Dejima.

Esto no iba a ocurrir, y mucho menos tan temprano, ¡el tercer día! El pabellón no debería de haberse llenado de un rugido patriota y de la nieve púrpura de los cojines que caían al suelo. Asashoryu Akinori, el mejor luchador de sumo en activo, se suponía que no estaba fingiendo ante los espectadores de la primera fila. Takeharu Dejima, pesado y tremendamente vendado, posiblemente no iba a ser coronado como el héroe nacional del día. La multitud no le consideraba material de héroe y él mismo no se veía como un héroe y sin embargo aquí está, recogiendo su kensho de manos del árbitro.

No había habido el más mínimo indicio durante los cinco minutos anteriores, cuando Asashoryu y Dejima subieron al dohyo. Entonces los tremendos hombros del yokozuna personificaban su poderío, mientras que su rival, lleno de vendas, parecía el polo opuesto. Nadie en el estadio, ni siquiera el patriota olímpico Ojisan, le otorgaba a Dejima ni una posibilidad. El público suponía con facilidad conocer el resultado y el resultado era una atmósfera algo lúgubre. Un par de docenas de aficionados llevaban a cabo su ritual diario de abandonar el pabellón antes del combate de Asashoryu, ya sea por ser incapaces de soportar el espectáculo o aburridos con la previsibilidad de sus resultados.



Dejima

Asashoryu había ganado sus anteriores 18 combates. Su última derrota ante Dejima databa de marzo de 2003. Desde entonces los dos habían combatido nueve veces, con victoria del mongol en todas las ocasiones. Habían pasado tres años y 363 desde la última victoria de Dejima sobre un yokozuna en Tokio, y sólo había conseguido tres victorias en sus 17 peleas ante Asashoryu. Incluso en su mejor época, su registro ante el mongol fue de 2-2. En resumen, parecían existir más posibilidades de que el tren de regreso a casa llegase tarde a Ryogoku de que el casi invencible yokozuna fuera derrotado.

Los primeros momentos del shikiri-naoshi reflejaron la sabiduría convencional. Dejima, de 160 kilos, parecía incluso poco dispuesto a meterse en faena. Ocupaba el shikiri-sen de una forma que parecía esperar la inevitable derrota. A sus casi 33 años se sentía demasiado viejo para luchar por causas perdidas y

sin duda deseaba enfrentarse a alguien más cercano a su nivel. Como los ojos de Asashoryu parecían estar obsesionadamente fijos en él, Dejima daba la sensación de estar abrumado por la desesperante situación. Los espectadores casi siempre animan a un japonés ante un gaijin, desistiendo sólo cuando interfiere el abatimiento ante las posibilidades de su hombre. Esta vez los fuertes ánimos del puñado de seguidores de Asashoryu eran inigualables.

Las perspectivas de Dejima nunca habían sido tan deprimentes. A los 18 años había ayudado a Japón a ganar la medalla de oro por equipos en el primer Campeonato Mundial Amateur de Sumo. Poco después se unió a la Musashigawa beya y se adaptó al sumo profesional con un éxito asombroso. En la cima de su poderío a finales de los 90, le daba muchos problemas a los mejores sumotori de la época, ganando el torneo de Nagoya de 1999 y alcanzando el grado de ozeki. Nunca abandonó su apellido por un nombre de lucha alternativo, esperando emular a Wajima y a Kitao, los dos únicos que lograron la promoción a yokozuna con su verdadero nombre. Sin embargo las lesiones le golpearon cruelmente y perdió su grado de ozeki en 2001. Posteriores lesiones en 2002 y 2003, junto a la desesperación de perder su prestigiosa posición, le relegaron a la mediocridad de los rangos medios.

Si hubiera tenido que enfrentarse a Asashoryu seis años antes, hubiera arrastrado la esperanza de todo el pabellón y la atmósfera

hubiera sido efervescente. En cambio era incapaz de inspirar ni siquiera a la mitad del recinto. El cincuenta por ciento del Kokugikan - quizás más - estaba vacío, mostrando unos silenciosos asientos de color rojo.

Consciente de las probabilidades en contra de su oponente, el yokozuna mostró su poder, pavoneándose entre el shikiri-sen y la cesta de la sal con una pose que se acercaba a la arrogancia. Siguió todas las poses: la expresión facial de meditación cuando el árbitro anunció el combate final del día, el elegante golpe de muñeca en su primer lanzamiento de sal hacia el cielo, su movimiento del pie izquierdo antes de agacharse por quinta vez. Sólo había un hombre en el ring que acometiese la "lucha de miradas" con entusiasmo y que hiciera que el otro lo esquivase. Ese mismo hombre parecía mucho más dispuestos a luchar en el quinto shikiri, justo antes de que el juez de cronometraje elevase su mano derecha.

De hecho tan cómodo estaba el yokozuna que hubiera tenido razones para predecir exactamente cómo se iba a desarrollar el combate. El cronometrador llama la atención del árbitro, el árbitro acusa recibo del gesto con una discreta inclinación de cabeza, y Asashoryu le enviaría a Dejima la última mirada mortal antes de golpear con su mano izquierda en su propio cinturón. A los espectadores de las primeras filas les llegará la onda según el yokozuna se adelante para usar su toalla de color azul, quitarse con rapidez el sudor de su frente e inclinarse a por un último puñado de sal, llevándose parte a sus labios, dejando caer el cloruro de sodio y rápidamente volver al centro del anillo, con los ojos amenazantes pegados a las regordetas mejillas del desconcertado rostro de Dejima. Luego, en el tachi-ai, Asashoryu golpearía el vendado codo de



Yokozuna Asashoryu

Dejima, le cogería del mawashi color carmesí y rápidamente sacaría al hinchado paquete de nervios por detrás de la cuerda. Así fue como la mayoría de nosotros lo previmos.

Pero por desgracia nuestros poderes de predicción se mostraron muy escasos. Asashoryu había colocado su brazo izquierdo preparado para su famoso golpe de cinturón, pero la discreta inclinación del árbitro nunca llegó. Un confuso Asashoryu miró a su alrededor pero no vio las señales de comunicación entre el cronometrador y el gyoji se fue lentamente a su esquina, con sus hombros apoyándose pesadamente en cada paso. Por razones poco claras para él o sus partidarios, sería necesario purificar el ring una sexta vez. Había que ajustar el ritmo de la competición. Su ritmo podía sufrir.

Con los dos gladiadores de vuelta en el centro del anillo, Asashoryu aún estaba sediento de carne, ante un Dejima y un shikiri-naoshi que nunca acababa. Sus ojos se encontraron de nuevo, sin que aún Dejima mostrara confianza ante el yokozuna. No tendría mucho tiempo para actuar, en el supuesto de que ello fuera posible. La mano

del cronometrador se elevaría en cualquier momento y estaba bajo la atenta mirada de miles de ojos.

El público esperaba con entusiasmo que se alzase la mano. Parecía el momento propicio para que el yokozuna desplegara su abanico de habilidades, proporcionándonos otra razón para jactarnos de haberle visto en directo. Pero la decepción del yokozuna se unió al asombro de la multitud. La mano del cronometrador se mantuvo quieta, ¡incluso después de volverse a agachar! ¡Debe haber algún error! En esta ocasión el árbitro buscaba la señal del juez de tiempo y parecía sorprendido de no haberla recibido. ¿Quizás la agenda del día había acabado demasiado pronto y había que prolongarla?

Fuese cual fuese la razón, otros jueces parecían extrañados. Izutsu-oyakata, sentado detrás de Dejima, se inclinó hacia el cronometrador y le exigió una explicación. Por supuesto, después de que los luchadores se agacharan una vez más se marcó la hora y Asashoryu pudo ejecutar el ya largamente retrasado golpe en su cinturón antes de volver hacia su esquina para secarse la cara.

Según los yobidashi recogían las toallas de los luchadores, la atmósfera del Kokugikan aumentaba al igual que disminuía la confusión de forma considerable. Y eso que aún había la sensación de que el orden no había sido reestablecido, que la extraña larga duración de los preliminares no sólo le habían conferido una importancia poco natural al combate sino que había de esta pauta algo inusual. Según Asashoryu se concentraba en su línea de partida, debería de haberse dado cuenta de que por primera vez durante el shikiri Dejima parecía dispuesto a luchar. Y Asashoryu no estaba preparado para un preparado Dejima.

Se alzaron las voces, incluida la del

árbitro, y los dos sumotori cargaron. El majestuoso yokozuna salió peor. Había sido golpeado por salidas más potentes, pero reaccionó muy mal a esta y al público le encantó su malestar. Un rugido de aliento estalló mientras Dejima capitalizaba su excelente salida, utilizando la energía de la multitud para atacar el bien formado cuerpo de Asashoryu. Según lo hacía, los espectadores emitían sonidos que no sabían ni que tenían, o al menos que no habían hecho cinco minutos antes. Pronto Asashoryu se inclinaba hacia atrás en un ángulo terriblemente insalubre, incapaz de defenderse de la fuerza de empuje de su pesado enemigo. Yo aún medio creía que se iba a recuperar, que le colocaría a Dejima su letal gancho de izquierda y le haría caer. Pero el grueso cuello de Asashoryu pronto estaba en un ángulo de 45° con el suelo y según aumentaban los gritos de los 4.000 seguidores de sumo, sentí que me aferraba a una causa perdida. Algo que, evidentemente, hizo Asashoryu, ya que en lugar de seguir con una guerra de desgaste, optó por una rápida caída como hace el Rey del ajedrez cuando un jugador abandona el juego.

Según el duro hombro del yokozuna golpeaba la arcilla, la multitud rugía a la vez. Las manos surgían de la ropa para aplaudir a Dejima por su increíble victoria, mientras un centenar de flashes trataban de captar el asombro en la cara del yokozuna. Y entonces, como había visto tantas veces en televisión pero nunca en vivo, empezaron a llover cojines violetas. Al principio cayeron esporádicamente, pero al mantenerse el entusiasmo los cielos se abrieron. Los padres



Dejima

parecían querer impresionar a sus hijos con su habilidad en el lanzamiento de cojines. Eso hizo que los asustados yobidashi subieran raudos al dohyo para quitar los zabuton, ya que Oga aún tenía que realizar la ceremonia del arco. A duras penas la escena podía compararse con un momento en el legendario Kuramae Kokugikan, cuando el pequeño Takanohana derrotó al gigantesco yokozuna Kitanoumi haciendo que miles de zabuton ocultaran la luz del estadio. Sin embargo la liberación de la presión oculta y la acumulada pasión y alegría no planificada hizo que un auditorio medio lleno pareciese mucho mayor en número.

El estado de ánimo y la importancia del día se habían transformado por la explosión de Takeharu Dejima. Ahora todo el mundo tendría una historia que contar en la cena, independientemente de a quién apoyaban, y ni siquiera la más suculenta comida podría distraer su mente. Las bromas de los

aficionados eran continuas mientras se hacinaban en las escaleras mecánicas que conducen a la sala de entrada. Por lo que supimos, el sumo podría incluso recuperar el lugar que le corresponde en la cima de las noticias deportivas.

Aquellos que no podían esperar al boletín de las siete ya estaban rodeando las pantallas de televisión a los pies de las escaleras mecánicas. La pantalla estaba transmitiendo el shikiri-naoshi entre Asashoryu y Dejima en ese mismo momento, y entre los hombros de los de delante conté los lanzamientos de sal uno por uno. Por segunda vez ese día, conté siete. La repetición en tiempo real del primer golpe de Dejima suscitó varios gritos de aprobación, que aumentaron de volumen y de frecuencia según el yokozuna iba acercándose a las cuerdas. Cuando el pie del yokozuna finalmente salió, fue como si se hubiera marcado un gol en un partido de fútbol inglés.

En medio de los aplausos y gritos de placer, un señor mayor apareció en la pantalla sonriendo abiertamente y burlándose, como dando a entender que el mongol se lo tenía merecido. Me sorprendió que un abuelo japonés de respetable aspecto repentinamente pudiera volverse tan infantil. Pero Asashoryu no perdía muchos combates, y menos aún ante un sumotori japonés. Era mejor dejar que los patriotas saboreasen los momentos que presuntamente les ayudaban a vengar los intentos de invasión de los mongoles en los años 1200. En el actual mundo del sumo, estos momentos realmente son raros.



